

señas. Y viniéndole á la imaginacion á Celio que, como eran los conciertos irse á las Indias, pudo Diana haber topado quien la llevase á Sevilla: así, presumiendo hallarla, como por alejarse de su tierra, resolvióse á ver si en aquella insigne ciudad estaba. Iba Celio tan desfigurado de no comer y de dormir en los campos, que pudiera seguramente volver á Toledo sin ser conocido. En llegando á Sevilla, hizo tales diligencias, cuales se pueden presumir de un hombre tan enamorado y con tantas obligaciones; pero el no hallar á Diana ni quien áun por engaño le diese señas, no le dió tanto enojo como el ver que la flota de Indias era partida, porque presumia Celio que en ella iba Diana, conociendo su amor, valor y ánimo. Quiso su fortuna que hallase sólo un navío que un tratante habia fletado, y que no se habia de partir hasta diez ó doce dias; habióle Celio, y concertado con él que le pasase, el patrón lo aceptó, y hecha entre los dos grande amistad, comió con él algunas veces, preguntándole en las ocasiones que se ofrecian la causa de su tristeza, aunque Celio se excusó siempre, diciendo que por no aumentarla con la memoria de algunos tristes sucesos no se la decia; y así, llegado el tiempo de partirse, zarpó el navío, y con una pieza de leva se alargó al mar, alejándose Celio más de Diana, cuánto imaginaba que iba más cerca; pero las esperanzas de cobrar el bien, aunque sean enga-

ñosas, no dañan, porque entretienen la vida.

Octavio en Toledo pasaba afrentosamente la suya, y con mayor tristeza, porque no sabia de cuantos buscaban á Diana, parientes ni amigos, nueva alguna en que pudiese tenerse la flaqueza de la esperanza; y viendo que Celio no volvía, dió en presumir que habia sido concierto de entrambos el salir ella primero y él despues con ocasion de buscarla; pero quitóle esta imaginacion la fama de alguna gente que discurría por la ciudad, diciendo que le habian visto con Feniso por algunas aldeas solo, buscándola con notable cuidado. Sosegóse Octavio, así por esto, como porque su madre le disuadia deste pensamiento, temiendo que si le creia, los habia de perder á entrambos.

Dos meses habia estado Diana en el corrijio de aquellos honrados labradores bien regalada de Filis, cuando llegó su parto, que fué de un hermoso hijo, para que no pudiese quejarse, como en Virgilio la despreciada Dido del fugitivo Eneas.

- Si me quedara de tí  
Un Eneas pequeñuelo,  
Antes que el airado ciclo  
Te dividiera de mí;  
Que por mi casa jugara  
Y tu rostro pareciera.  
Ni mis engaños sintiera,  
Ni por tu ausencia llorara. »

Aunque de otra manera lo sintió Ovidio en su epístola :

• Por ventura me has dejade  
Parte en mi pecho de tí,  
Ingrato, que ahora en mí  
A muerte condena el hado;  
Y así, perdiendo la vida  
Por tí la infelice Dido,  
Del hijo que no ha nacido  
Serás padre y homicida. •

Pero pienso que el artificio en que Ovidio fué tan célebre poeta, obligó á Dido á fingir que quedaba preñada de Enéas para obligarle á volver á verla; cosa que no sólo fingien las mujeres, pero los mismos partos. No lo era el de Diana, sino tan verdadero, que habia sido causa de sus peregrinaciones y desdichas. Caso extraño, que cuando importa mucho un heredero, por un liviano antojo, que ó se calló de vergüenza ó no se pudo cumplir por imposible, se pierda el fruto y por ventura el árbol, y que con tan inmensos trabajos, caminos, hambres y desnudos piés, llegase al puerto de la vida libre este infelice niño. Pasado un mes de su convalecencia, llamó Diana á Filis, y le dijo: « A mí me es fuerza partirme de esta tierra; si me pesa de dejarte, Dios lo sabe y mis grandes obligaciones te lo dicen; mis entrañas te dejo: prendas son que me obligarán á volver. No tengo de ir en mi hábito

ni en el de mujer, pues en él he sido tan desdichada; y así, te suplico me des alguno destos labradores que sirven á tu padre ó que te sirven á tí, porque sea más limpio, que yo tengo de un manteo que traje hechos unos calzones lo mejor que mis desdichas me han enseñado. » Y diciendo esto, comenzó á desnudarse, sin que ruegos ni lágrimas de Filis fuesen poderosos á mudar la firmeza de su propósito. Sacó dos joyas de diamantes que traia en el pecho, y dándole la primera y de más valor para que hiciese criar su hijo, con la otra le pagó el hospedaje; que el amor era imposible. Vistióse finalmente un gaban, y cortándose los cabellos, cubrió con un sombrero rústico lo que ántes solian cuidadosos lazos, diamantes y oro. Era Diana bien hecha y de alto y proporcionado cuerpo; no tenia el rostro afeminado, con que pareció luégo un hermoso mancebo, un nuevo Apolo cuando guardaba los ganados del rey Admeto. Despidióse de Filis y de sus viejos padres, llorando todos, mayormente Laurino, que con pensamientos de ciudad habia puesto en ella los ojos. Diana se llamaba con disfrazado nombre Lísis, y así Laurino, que se preciaba de místico y poeta, se quejaba algunas veces en estos versos de su ausencia, oyéndole Filis con algunos celos y doblándole á Fabio los agravios :

Lisis, despues que al Tórmes  
Me llevaste la vida,  
Celebro tu partida  
Con lágrimas conformes ;  
Que piensan mis enojos  
Templar el fuego con llorar los ojos.

¡ Cuánto mejor me fuera  
Que en los tuyos hermosos.  
Con lazos amorosos  
El alma despidiera !  
Que no parece vida  
Esto que me ha dejado tu partida,

A la forzosa muerte,  
Lisis, que ya me alcanza,  
Detiene la esperanza  
Para volver á verte ;  
Pues no es justo que muera  
Quien tiene en tí su vida, y verte espera.

Si vieses este prado,  
Lástima te daría  
Aquel que florecía  
Tú blanco pié nevado ;  
Tú pié blanco y pequeño,  
De tantas almas como flores dueño.

Para que le gozases,  
Le cultivé, señora,  
Que no para que ahora  
A los dos nos dejases ;  
Que en mí y en estas selvas  
No habrá vida ni flor hasta que vuelvas.

En cárceles doradas  
Prendi los pajarillos,  
Que pienso que de oillos

Como de mi, te agradas ;  
Que en tus prisiones de  
Al alba canto y á la noche lloro.

Aquí puse una fuente  
Para que te bañaras  
Y más perlas dejaras  
Que tiene su corriente ;  
Y tú, por darme enojos,  
Dos me dejaste en mis ausentes ojos.

Llegó la animosa y desdichada Diana, despues de haber caminado algunos dias, á un lugar cerca de Béjar, que no habia querido tocar en Plasencia por temor de algunos deudos que allí tenia; salio á la plaza, y parada en ella, daba á entender que esperaba dueño. Vióla un labrador rico, y admirado de su gentil disposicion y hermoso rostro, le pareció cosa fingida, como realmente lo era. Llegóse á Diana y hizole algunas preguntas; ella le supo satisfacer, mintiendo su nombre y patria; de suerte que le llevó consigo. Tenia conocimiento este labrador con el mayoral de los ganados del Duque, y sabia que buscaba un zagal, por ser yo casado el que tenia, para cuidar de la comida y otras cosas necesarias que se llevan al campo donde el ganado es mucho. Dió de comer á Diana, y escribió con ella un billete al mayoral referido, poniéndole en el camino con algunas señas y sustento hasta el siguiente dia. No hubo visto el mayoral á Diana, quando comenzó á reirse del bi-

llete, del amigo y della; llamó los demás labradores, y entre todos se compuso, al uso de su malicia, una graciosa burla. Preguntóle el mayoral que de dónde era natural, y él le dijo que del Andalucía; pero que el no venir tostado como el hábito requería, causaba el haber estado mucho tiempo en un bosque, donde sólo le daba el sol cuando quería. Finalmente, le supo decir tantas cosas y mostrar tanta alegría y brio, defendiéndose de las malicias y donaires de los villanos, que aficionado el mayoral le recibió en su casa; y viéndole aquella noche murmurar cantando, mientras sacaba algunos calderos de agua de un pozo para hinchir una pila, en que bebiese el ganado doméstico, le preguntó si sabía tañer algún instrumento como suelen de ordinario los pastores andaluces. Diana dijo que un laud, con que tal vez aliviaba algunas tristezas, á que era sujeta naturalmente. Admirado Lisandro, que así se llamaba el mayoral, de que un pastor tañese un instrumento tan fuera de propósito para el campo, comenzó á mirarle con diferentes ojos, y no ménos cuidadosa Silveria, hija suya, que desde que entró en su casa no los había quitado de su rostro. Paréceme que dice vuestra merced que claro estaba eso, y que si había hija en esa casa se había de enamorar del disfrazado mozo. Yo no sé que ello haya sido verdad, pero por cumplir con la obligacion del cuento, vuestra merced tenga paciencia, y sepa

que la dicha Silveria tendría hasta diez y siete ó diez y ocho años, edad que obliga á semejantes pensamientos. Vivía no lejos un estudiante que la miraba, pasando más en estas imaginaciones el curso de las leyes que había traído de Salamanca, que en los Bártulos y Baldos. Aquí envió Lisandro por un instrumento, que aunque no era laud, supo componerle y acomodarle á su voz, como el estudiante seguirle, que aunque no entró dentro, oyó muy bien desde la calle que Diana cantaba así:

*• Por entre casos injustos  
Me han traído mis engaños.  
Donde son los daños daños,  
Y los gustos no son gustos.*

Amores bien empleados,  
Aunque mal agradecidos,  
Eso teneis de perdidos,  
Que es teneros por ganados;  
¿Qué importan gustos pasados,  
Si los presentes disgustos  
Son mayores que los gustos,  
Y que el favor el desdén,  
Pues he perdido mi bien  
*Por entre casos injustos?*

Trajéronme posesiones  
A tan justas confianzas,  
Y á tan extrañas mudanzas  
Iguales satisfacciones;  
Mas como las sinrazones  
Anticipan desengaños

A la verdad de los años,  
Siento que la culpa soy,  
Pues al estado en que estoy  
*Me han traído mis engaños.*

Discretos sois, pensamientos;  
Algo teneis de divinos,  
Pues por tan vários caminos  
Me dijisteis mis tormentos;  
No daros fé mis intentos  
Fué trataros como extraños,  
Pues no puede haber engaños  
Que más venzan la razon,  
Que pensar que no lo son  
*Donde son los daños daños.*

Entre dudas y recelos  
Andaban mis gustos ya,  
Como quien temiendo está  
La tempesta de los cielos.  
Cesen mi amor y mis celos;  
No quiero gustos injustos,  
Llenos de tantos disgustos;  
Que en siendo la fé dudosa,  
Anda el alma temerosa  
*Y los gustos no son gustos.*

Esto cantó Diana, que de todo lo que sabía, ninguna cosa era mas á propósito de sus disgustos, con tal artificio, que ni por la voz se conociese que era mujer, ni por quererla disfrazar se entendiese que lo disimulaba. Perdida quedó Silveria de ver añadir tal gracia á las que Diana tenia exteriores. Paréceme que le vá pareciendo á vuestra

merced este discurso más libro de pastor que novela, pues cierto que he pensado que no por eso perderá el gusto el suceso, ni que puede tener cosa más agradable que su imitacion. Pasados algunos dias, dió Silveria en solicitar la voluntad de Diana, y en los ocasiones que se le ofrecian hacerle gusto, hasta que una fiesta por la tarde, que se acertaron á hallar solós en un huertecillo, más de árboles que de flores, al uso de las aldeas, le comenzó á preguntar por su tierra, la causa por qué la habia dejado, y si habian sido amores; dándole en la disculpa la edad, y abonando su error, porque comenzaba á dársela del que pensaba proponerle. A todas estas cosas respondia Diana con mucha discrecion y prudencia, fingiendo que el haberse casado su padre la habia desterrado de su casa, encareciendo la áspera condicion de su madrastra. Vino gente y dividióse la conversacion, con gran sentimiento de Silveria, que de alli adelante con más declarados ojos la miraba. Murmuraban los labradores el encogimiento de Diana; y ella, por no ser entendida, dió en hacer del galán con las villanas que venian á visitar á su ama; y como por ser casa grande y de mucha gente de servicio, luégo se inventasen bailes, Diana dió en salir á ellos y despejarse, con que no desagradaba las labradoras, mayormente una hermana del estudiante referido, que era en extremo bachelera y hermosa, y picaba en leer libros

de caballerías y amores; pero desagradaba á Silveria, que abrasada de celos, le comenzó á decir una tarde con algunas lágrimas que cómo habia sido tan desdichada, que no habia negociado su inclinacion como las demás labradoras, y que supiese que no era justo que, ya que no la quisiese, por ser ella más desdichada, la matase de celos con su vecina. Sintió tanto Diana el ver a pasionada á su señora, que mil veces estuvo determinada de decirle que era mujer como ella; pero temiendo que se habia de descubrir quién era, de que le habia de resultar tanto daño, mostróse agradecida, y aseguróle los celos con decir que se atrevia á las otras y á ella nó, por el respeto debido de ser su dueño; mas que de allí adelante se enmendaria en todo; de cuyas esperanzas quedó Silveria contenta y engañada. Tomóle la mano, y aunque Diana la resistia, se la besó dos veces, templando con su nieve el fuego del corazón, si lo que aumentaba los dos se puede llamar templanza. Ya el amor de Silveria se comenzaba á echar de ver en casa, que amor, dinero y cuidado dicen que es imposible disimularse; el amor, porque habla con los ojos; el dinero, porque sale al lucimiento de su dueño: y el cuidado, porque se escribe en el semblante del rostro. Diana, temerosa, andaba buscando ocasion para despedirse, y era tanto el amor que todos la tenían, que estimaba en más el no ser ingrata que el peligro de su vida. Pero suce-

dió á sus fortunas mejor de lo que esperaba y de lo que solia; tan hecha estaba á que le fuese adversa. Pues andando el Duque de Béjar á caza por su tierra, vino á ser huésped una noche en casa del mayoral de sus ganados, que por su mayordomo conocia, y porque el viejo le solia llevar algunos presentes de que el Duque se tenia por bien servido; que suele agradar á los príncipes la hacienda de los campos, más que la riqueza y abundancia de sus palacios. Deseando el mayoral entretenerle, claro está que habia de llamar á Diana, y ella parecerle bien al Duque, y asimismo mandarle que cantase. Aquí fué menester que el estudiante trujese su instrumento de mala gana, porque de celos de Diana y Silveria perdía el juicio; ella le acomodó las cuerdas á su voz, y escuchando todos, cantó así:

• Selvas y bosques de amor,  
 En cuyos olmos y fresnos  
 Aún viven dulces memorias  
 Del pastor antiguo vuestro :  
 Por lo que os tengo obligados,  
 Os pido que estéis atentos  
 A mis quejas, y veréis  
 Cuán dulcemente me quejo.  
 Oid de vuestro pastor,  
 En este nuevo instrumento,  
 Más lágrimas que razones  
 Y más suspiros que versos.  
 Sabed que vengo perdido;

¿Perdido os he dicho? miento,  
Que ninguno se ha ganado  
Tambien como yo pierdo.

Ganado vengo y perdido,  
Que por tan alto sujeto  
Gano, perdiendo la vida,  
La gloria de mis deseos.

En fin, selvas amorosas,  
Yo vengo muerto y contento :  
Muerto de amor de unos ojos,  
Contento de verme en ellos,

Las señas quiero deciros,  
Pero temo los agenos ;  
Que aún no me atrevo á mirarlos,  
Aunque á adorarlos me atrevo.

Quererlos me cuesta el alma,  
Y con vivir, si los veo,  
Para mirarlos mil veces  
Me ha faltado atrevimiento.

Si os digo que negros son,  
Yo os juro que digan luego :

« Los ojos son de Jacinta,  
Si este se pierde por ellos. »

• Pero, diréis en el valle,  
¿No hay más de unos ojos negros? »  
Muchos hay, pero en ningunos  
Puso tanta gracia el cielo.

Credme, selvas, á mí,  
Que de buen gusto me precio ;  
Que si no fueran tan vivos,  
No estuviera yo tan muerto.

Arboles, no soy yo solo,  
Quien desta suerte los quiero,

Que jamás miraron vida  
Que no se fuese tras ellos.

Quien se burlare de mí,  
Yo le remito á su fuego,  
Porque para tanto sol  
No valen montes de hielo.

Alma de nieve tenia  
Antes que llegase á verlos,  
Y ya deshecha en sus rayos,  
Si ellos dicen que la tengo.

No han sido conmigo ingratos ;  
Piadosamente me dieron  
Ocasión para perderme :  
Mi daño les agradezco.

El mal que tengo es saber  
Que no merezco quererlos ;  
Sí bien es, selvas, verdad  
Que su hermosura merezco.

Yo he llegado á tal estado,  
Entre esperanzas y miedos,  
Que, con saber que me matan,  
No puede vivir sin ellos.

Ausente estoy animoso,  
Y en llegando á verlos tiemblo,  
Siendo el primero en el mundo  
Que tiembla con tanto fuego,

Cosas que se tratan mucho  
Suelen estimarse en ménos ;  
Y yo, mientras más los trato,  
Más los estimo y respeto.

En los campos de mi aldea  
Les digo tantos requiebros,  
Que he visto parar las aguas,

Callar las aves y el viento.

Y en llegando á ver sus ojos,  
Quedar más mudo y suspenso  
Que á media noche las fuentes  
En las prisiones del hielo.

A tanto amor he llegado,  
Que muchas veces que tengo  
Tiempo de gozar sus luces,  
Pierdo temeroso el tiempo.

Cuando ménos los amaba,  
Era más mi atrevimiento  
Ahora, que más los amo,  
Es mi atrevimiento ménos.

Mas os juro, verdes selvas,  
Que quiero más por ellos  
Estas penas que las glorias  
De cuantos el cielo ha hecho.

Verdad es que entre las mias  
Celos me quitan el seso,  
Porque no hay renta de amor  
Sin pagar pension de celos.

No sólo de los pastores,  
Que la miran cerca ó léjos,  
Mas de cuantas cosas mira,  
De celos me abraso y muero.

De mí mismo alguna vez  
Me ha acontecido tenerlos,  
Porque pienso que soy otro,  
Si la agradan mis deseos.

Cuando sale de su aldea.  
La voy mirando y siguiendo,  
Que lleva en sus piés mis ojos,  
Y el alma en sus pensamientos.

Con estas celosas ansias  
La sigo, rogando al cielo  
Que cuantos pastores vea  
Sean robustos y feos.

Mil veces he codiciado  
Hacer pedazos su espejo,  
Porque hace dos Jacintas,  
Y guardar una no puedo.

Selvas, lastimáos de mí;  
Mas no lo hagais, que os prometo  
Que en sólo verla me paga  
Cuanto por ella padezco.

Notablemente se agracia el Duque de la persona de Diana, pero mucho más después que vió la gracia, la destreza y la dulce voz con que le habia contado los referidos versos. Preguntóle todo lo que en esta ocasion se puede imaginar de un señor: que los señores preguntan mucho, y es la causa que de las cosas que pasan entre la gente humilde saben poco. En razon de su patria y padres, que fué en lo que hacia más fuerza, le dijo que la habia criado en Sevilla un hombre, á quien llamaba padre, y que de dos á dos meses venia á su casa un hombre que le daba dineros y cartas, y le encargaba su regalo, de que habia tenido sospecha que su padre debia ser otro más noble y que vivia léjos de Sevilla; y así un dia, habiéndole hallado de buen humor, le habia dicho que le dijese de quién era hijo, pues ya el sabia que no era suyo; pero que ni en aquella



ocasion ni en otras muchas pudo obligarle con grandes servicios y encarecimientos á que se lo dijese, si bien le traia en palabras de un dia en otro, jurándole que sin licencia de aquella persona era imposible; y en medio destas esperanzas se le habia muerto de mal, que cuando quiso decirselo no pudo; y que quedando desamparado, no supo aplicarse á ningun oficio, por más que habia deseado intentarlos; que así, habia querido elegir el de pastor y hombre del campo, más por vivir en soledad, hallándose tan triste sin saber quién era, que no porque entendiese que aquel camino podia en ningún tiempo mejorar su fortuna. \* En eso te engañaste, respondió el Duque, porque yo te quiero llevar conmigo y estimarte en lo que mereces: que es gran violencia de tus estrellas que con tantas gracias vivas entre gente tan humilde, porque es ingratitude al cielo ó emplearlas ó mal encubrirlas. \* Besó Diana las manos del Duque con las cortesías y ceremonias que habia aprendido en mejores paños, y aceptó la merced que le hacia con humildes y discretas razones, que por instantes iban hallando mayor gracia en los ojos de aquel gran señor, que haciéndola acomodar de lo necesario, la llevó consigo. El disgusto de Silveria no halló con qué poder compararle, sinó es á contrario sentido, con el gusto del estudiante celoso, que de ver que se iba Diana, estaba con tanto gusto como Silveria y su hermana tuvieron

pena, celebranto con lágrimas su partida.  
¿Quién dnda, señora Leonarda, que tendrá vuestra merced deseo de saber qué se hizo de Celio, que há muchos tiempos que se embarcó para las Indias, pareciéndole que se ha descuidado la novela? Pues sepa vuestra merced que muchas veces hace esto mismo Heliodoro con Teágenes, y otras con Clariquea, para mayor gusto del que escucha, en la suspension de lo que espera. A Celio sucedió tan mal en su viage, que con una tormenta deshecha, no siendo parte la industria de los marineros, rompiendo cables y amarras y todas les demás jarcias del navío, estuvo á pique de perder la vida en el rigor inexorable de las ondas. Entre la confusion de las voces del amaina, el iza, vira, zaborda, el acudir por diversas partes á la faena, desatinado el viento y descompuesto el orden de la navegacion, Celio, más que el navío, desordenadas las jarcias de los sentidos, sólo atendiendo á perder á Diana, á quien él imaginaba sol del mundo Antártico, decia, casi en imitacion de Marcial, un poeta latino, por quien á vuestra merced le está mejor no saber su lengua:

\* Ondas, dejadme pasar,  
Y matadme cuando vuelva. \*

Y lo imitó el divino Garcilaso:  
\* Ondas, pues no se excusa que yo muera,  
Dejadme allá pasar, y á la tornada  
Vuestro furor ejecutá en mi vida. \*

Y aquí de paso, advierta vuestra merced que á muchos ignorantes que piensan que saben, espanta que con tales vocablos se dé á Garcilaso nombre de príncipe de los poetas España. *Tornada*, y otros vocablos que se ven en sus obras, era lo que se usaba entónces; y así, ninguno desta edad debe bachillerear tanto, que le parezca que si Garcilaso naciera en ésta, no usara gallardamente de los aumentos de nuestra lengua; pero á vuestra merced ¿qué le va ni le viene en que hablen como quisieren de Garcilaso? Así decía una canción que cantaban un día los músicos de un señor grande :

« Las obras de Boscan y Garcilaso  
Se venden por dos reales,  
Y no las haréis tales,  
Aunque os precieis de aquello del Parnaso. »

Atrévome á vuestra merced con lo que se me viene á la pluma, porque sé que, como no ha estudiado retórica, no sabrá cuánto en ella se reprehenden las digresiones largas. Llegó Celio derrotado con su nave, después de tan larga tormenta, á una isla en las partes de Africa, donde algunos navíos suelen hacer águá, aunque es menester salir por ella mucha gente con buenas armas y no ménos cuidado, porque la guardaban moros por los daños que les solian hacer las galeras y navíos de España. La de Celio venia tan maltratada de la tormenta,

que no pudiendo pasar adelante, se determinaron á aderezarla. Salieron en tierra los pasajeros y el patron, y no de mala gana, que al hombre siempre le fué madre la tierra y madrastra el agua. Comieron sobre unas yerbas, que les servian de manteles y en el fin de la más descansada comida que habia tenido el viaje, porque tenia la mesa más firme, el patron, conociendo la tristeza de Celio, le rogó que le dijese la causa; él, movido de su piadoso ánimo, le contó quién era, lo que le habia sucedido, lo que buscaba, á la traza que suelen ser las narraciones de las comedias, que hay poeta cómico que se lleva de un aliento tres pliegos de un romance. « En esa tierra, dijo el patron, tengo yo un tio cuya es la mayor parte de la hacienda que llevo en este navio, donde una noche que yo venia de darle cuenta de las ganancias de la flota pasada, viniendo ya despedido, con orden de lo que habia de hacer, casi al filo de la media noche, por una calle arriba, me llamó desde un balcon una dama y me preguntó si era hora, á quien yo respondí que cualquiera era buena; y entónces me dió un cofrecillo lleno de joyas y dineros, diciéndome que aguardase á la puerta. No sé qué condicion pudo moverme á cosa tan mal hecha, que tomando á toda furia la calle, no quise aguardar el suceso, porque hay fábulas que hasta la segunda jornada llegan felicemente, y á la tercera se pierden. Empeñé las joyas en Sevilla para

cosas que me fueron necesarias, con determinacion que si Dios me volvía con bien del comenzado viaje, volvería las joyas á su dueño; pero si por la relacion, añadió el piloto, que me habeis dado, conoceis esta dama, este diamante es suyo; mirad si le conoceis. » Celio, conociendo que con el primer papel se le había dado á Diana, atravesada la garganta de un fuerte nudo, apenas pudo ni supo responderle, y más cuando añadió el piloto que si en Sevilla se lo hubiera dicho, no tenía para qué buscar á Diana, porque él sabía infaliblemente que no iba en la armada. Celio, satisfecho y muerto, le dijo que aquel anillo era la primera cosa que había dado á Diana, y que las joyas no tenía que tratar de volverlas, porque la dama era de calidad y le podría costar la vida, por haber sido hurto; que lo callase y gozase, dándole sólo el anillo, que él no quería otra cosa para consolarse; pero por diligencias que hizo Celio, por ruegos, por amenazas, jamás pudo acabar con aquel bárbaro que le diese el anillo. Las palabras suelen ser más dueños de las pendencias que los agravios; de unas en otras vinieron Celio y el patron á descomponerse, porque el mayor contrario del amor no es la ausencia, los celos, el olvido, el interés, ni la inconstancia de la condicion, sino la porfía. Llegó, pues, á tanto extremo, que Celio con la daga le dió dos puñaladas, de que quedó muerto. La gente de la nave acudió al alboroto, y aunque él desespera da-

mente intentó defenderse, le prendieron y llevaron al navio, que calafeteado y puesto á punto, partió con buen viento y con Celio atado á una cadena en el lastre, á Cartagena de las Indias, habiendo hecho el escribano del navio una pequeña informacion, á causa de no negar Celio la muerte del piloto, porque decía llanamente que él le había muerto por ladron de su hacienda de su vida y de su honra. Depositáronle finalmente en la cárcel, porque en la tierra no había gobernador, y estaba, como tan nuevamente conquistada, llena de alborotos y robos, inobediente por remota á vária por ambiciosa; y como dijo el mayor Plinio: « Ningun gobierno es más aborrecido que aquel que más conviene al pueblo. »

Servía en estos medios Diana al Duque, á quien, por el cuidado de su ropa, limpieza y aseo de sus vestidos, hizo en breve tiempo su camarero, porque en todo tenía buen gusto y le ayudaba el deseo; que nadie sirve bien si no desea agradar á quien sirve.

Determinóse el Rey Católico en la conquista del reino de Granada, y envió á llamar los grandes, de los cuales no fué el postero el Duque, pues apenas había recibido la carta, cuando nombró los criados que habían de acompañarle, y los vistió y adornó de ricas libreas. No tuvo Diana en sus trabajos otro dia de contento, porque imaginó que si Celio la buscaba, en ningun lugar lo podía hallar como en la corte; y á todos les

dió tan grande, que le daban el parabien de verla alegre, porque la amaban y respetaban todos, porque á todos con mucha discrecion llevaba sus condiciones; cosa tan necesaria en palacio, que el que pensare lograr la suya sin sufrir y acomodar la de otros, ni podrá conservar la gracia del señor, ni dejará perder sus pretensiones por envidia. En este viaje se acreditó mucho Diana, y le mostró mayor amor el Duque; que los caminos y las cárceles hacen notables amistades y descubren más los entendimientos. Estaban un dia haciendo hora para caminar, y mandó el Duque á Diana que le cantase alguna de las selvas que solia. Ella, con graciosa obediencia, comenzó la segunda, diciendo así :

• Verdes selvas amorosas,  
Oid otra vez mis quejas,  
Que en fé de que fuisteis mudas,  
Os quiero contar mis penas.

Pues hallo mi compañía  
En las soledades vuestras :  
No os cansé ahora el oírlas,  
Pues descanso, en padecerlas.

Si os pareciere importuno,  
Sabed, amorosas selvas,  
Que ha dado el cielo á los males  
Para quejarse licencia.

Si cuando os conté mis dichas  
Os alegrásteis con ellas,  
Haced oficio de amigo.  
Y acompañad mis tristezas.

Aquella aldeana hermosa,  
Cuya divina belleza  
Para criar vuestras flores  
Trajo el sol en dos estrellas;

La que bajaba á matar  
Fieras por vuestra aspereza,  
Y mentian, que eran almas  
Las que ella llamaba fieras;

Por celos de una pastora,  
Selvas, que miraba apénas,  
Tan fea y tan enfadosa  
Como si no fuera nécia,

Se fué de la aldea airada,  
Sólo porque fuese aldea,  
Porque fué con ella córte,  
Porque fué cielo con ella.

¿Cómo os diré mi dolor,  
Si no sabeis qué es ausencia?  
Mas si sabéis, pues tres meses  
Aguardais la primavera.

Otros tantos há que vivo  
Desa parte de la sierra,  
Que quiso pasar sus nieves  
Por dejar su fuego en ellas.

Hay pastores donde está.  
De quien es justo que tema,  
No sé si con ménos alma,  
Más sé que con más riqueza.

Ya sabeis, selvas, sus partes;  
¿Quién habrá que no la quiera?  
¿Quién habrá que no me mate?  
¿Quién habrá que no me ofenda?

Todos pienso que no la miran,

Y que todos la desean;  
Pues ¿como estaré seguro  
Cuando por celos me deja?  
Con esto muriendo vivo,  
Porque mis desdichas piensan  
Que alguno será dichoso  
Para que yo no lo sea.  
Escribible mis enojos,  
Y que no quiero quererla:  
¡Qué nécias tretas de amor,  
Si estoy muriendo por ella!  
Porfio por ver si escribe  
Alguna palabra tierna,  
De donde tome ocasion  
Para rogarle que vuelva.  
Mas, como mi loco amor  
La tiene tan satisfecha,  
Sabiendo que he de rogarla,  
Responde que allá se queda.  
Que sus papeles la envíe,  
Porque no quiere que tenga  
Por donde, pasado el plazo,  
Pueda pedirle la deuda.  
Con esto celoso y triste,  
Fuime á la sierra por verla,  
Fiándome de la noche  
Por encubrir mi flaqueza,  
Y viéndola en su cabaña,  
Más que otras veces compuesta,  
Rogáronme mis desdichas  
Que creyese sus sospechas.  
Selvas, quien ama y se viste  
Con celos y con ausencia,

No digo que tiene amor,  
Que amor es todo tristeza,  
Parecióme más hermosa;  
Que los enojos aumentan  
La hermosura, porque en fin  
Ya parece que es agena.  
Volvime, y juré vengarme;  
Mas en estas diferencias,  
Así me quisiera hablar  
Como mil almas le diera.

Caminaban todos entretenidos con el do-  
naire, y gracia de Diana, que le tenia para  
todas las cosas; mayormente el Duque, que  
ya llevaba cuidado de hacerle merced, y se  
la hubiera hecho si la hubiera visto inclina-  
da á casarse, porque algunas veces lo habían  
tratado él y la Duquesa, con una criada de  
su cámara, que era toda su privanza y gus-  
to, de que Diana se guardaba todo lo posi-  
ble, porque era imposible. Aposentóse al  
Duque en la corte con la grandeza que á  
tal príncipe convenia. Iba y venia á palacio,  
llevando siempre en su coche á Diana, que  
se convertia en los ojos de Argos, para ver  
si por aquellas calles ó en los patios y corre-  
dores del alcázar parecia Celio, que con fuer-  
tes prisiones estaba en Cartagena de las In-  
dias. El rey se ponía muchas veces en un  
balcon que sobre la puerta de palacio hacia  
una hermosa vista, para ver desde los cris-  
tales de los marcos entrar los grandes. Qui-  
so la fortuna de Diana, que ya se cansaba

de tantos accidentes, que sobre pasar los coches ó llegar á la puerta se descomidiese un criado con el Duque; y como los que le acompañaban se embarazasen, como cortesanos nuevos, Diana, que por donaire solia tomar las espadas negras con que se entretenian Octavio, su hermano, y Celio con las doncellas de su casa, quitando airosamente el estribo, ántes que se afirmasen, le dió una gentil cuchillada; la confusion fué grande: el Duque interpuso su autoridad, y metió consigo á su camarero hasta la puerta del retrete; habló el Rey al Duque, y como se rióse hablándole, el Duque le preguntó que de qué se reía su alteza, y él le dijo: «Del buen aire de aquel gentil-hombre vuestro, que dió aquella cuchillada al que se le descomedió tan descortés y atrevido.» El Duque, viendo que el Rey no estaba enojado, le alabó y encareció las partes, gracias y virtudes de Diana, de suerte que quiso verla, y entro y le besó la mano. El buen talle de Diana, la gala, la discrecion y el despejo obligaron al Rey á pedirsele al Duque, y él dijo que, aunque era todo su regalo, desde que le habia recibido tenia este pensamiento de ofrecérsele. Contenta estará vuestra merced, señora Leonarda, de la mejoría de nuestro cuento, pues ya queda Diana en servicio del Rey Católico, y en pocos dias tan privado, que en mil cosas que se le ofrecian holgaba de su parecer, y de lance en lance ya tenia los papeles de más calidad é importancia. Pues

prometo á vuestra merced que no lo estaba la pobre dama, porque tenia el alma entre dos Celios, y ausentes entrambos, uno en las Indias y otro en tierra de Plasencia, aquél su esposo, y éste su hijo. Creció tanto el amor del Rey con las gracias y servicios de Diana, que ántes que saliese de la córte el Duque, ya le habia pagado lo que por ella habia hecho, y su alteza le habia dado, á ruego suyo, la encomienda mayor de Alcántara, y para su hermano segundo seis mil ducados de renta.

La gracia de la voz de Diana no se habia encubierto en palacio; pero ya con el nuevo estado y oficio estaba en silencio; error del mundo, que en llegando los estados á la autoridad, pierdan calidad por las gracias, y que si á un hombre le dió el cielo gracia de cantar, tañer ó hacer versos, queda inhábil para otros oficios, y se murmura destas virtudes, como si fuesen fealdades. Alejandro tañía y cantaba, Octaviano hacía versos, y no por eso dejaron, el uno de tener en paz el mundo, y el otro de conquistarle. Servia un hijo de un gran señor una dama, y ella deseaba con extremo oír cantar á Diana, cuya persona y entendimiento no debian de desagradarle. Pidió con grande encarecimiento al amante referido que le pidiese que cantase una noche. Diana, por no disgustarle, y creyendo que no importaria que se supiese, cerca de la una de la noche, en el terreno cantó así

Selvas, en mi vida tuve  
Más ocasion de hacer versos :  
Más causa para ser altos,  
Más amor para ser tiernos.

Hoy sabréis el mal que tuve  
Y veréis el bien que tengo ;  
Porque viene á ser mi voz  
Alma de vuestro silencio.

No he querido en el aldea,  
Selvas, hablar, porque temo  
Los secretarios de cifra  
De pensamientos agenos.

Hállome bien en vosotras,  
Porque si algun arroyuelo  
Murmura de lo que digo,  
Al fin corre y pasa presto.

En los palacios de Circe  
Estuvo mi entendimiento  
Cautivo sin hermosura  
Y agradecido sin premio.

En esta transformacion  
No pude ver sus defectos ;  
Mal haya amor que, pasado,  
Es todo arrepentimiento !

Pero ya, selvas amigas,  
Soy, por mi bien, de otro dueño,  
Tan hermoso, que parece  
De imaginaciones hecho.

Verdes y pintados son  
Sus ojos : mirad, os ruego ;  
Si esto se llama pintado,  
¿ Qué será lo verdadero ?

Quando los miro me admiro,

Y que es milagro sospecho  
Que, siendo soles pintados  
Despidan rayos de fuego.

En ellos viven dos niñas,  
Nó como los ojos bellos  
Pintadas, sino pintoras,  
Pues me retratan en ellos.

Este cielo de sus ojos  
Permite á dos arcos negros  
Por amistad hermosura,  
Que no es poco junto á ellos.

Naturaleza y la diosa  
Que vuestros prados amenos  
Visten por Abril y Mayo,  
En su boca compitieron.

Y aunque os dió la primavera  
La rosa en honra de Vénus,  
Perdió con la de sus lábios,  
Donde yo tambien me pierdo.

De dos corales la hizo ;  
Mas las perlas que vi dentro,  
Su misma risa las diga,  
Que yo turbado no acierto.

Sus manos son de marfil,  
Y flechas de amor sus dedos  
Porque á ser de nieve el sol  
Hubiera rayos de hielo.

Lo demás, aunque es lo que  
No le digo, porque pienso  
Que me tendréis por dichoso,  
Y estaré cerca de nécio.

Pero imaginad el alma  
Que anima su hermoso cuerpo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y veréis por un cristal  
La luz de su entendimiento.  
Tres dreen que son las gracias,  
Los que las suyas no vieron,  
Porque las hicieran más,  
O fueran las otras menos.

Esta belleza que digo,  
Seis años anduve huyendo;  
Pero en una hora de amor  
Le pago cuanto le debó.

Aquí vivo de mirarla,  
Y como sin verla muero,  
Siempre digo que me voy,  
Imaginando que vuelvo.

Estoy contento y celoso;  
¿Quién vió celoso y contento?  
Mas téngolos de mi dicha,  
Sin darme ocasion de celos.

¡Ay de mí, si alguna vez  
Fuese verdad lo que temo!  
Pero no quiero pensarlo,  
Por no morir de temerlo. »

Esta fué la desdicha ó la dicha de Diana, que habiendo oído algún celoso que no estaba en desgracia del rey, y lo estaba desta Diana, se le dijo y aféó noblemente. El, que lo había oído y disimulado, comenzó á dar órden, solicitado de muchos, á quien era odiosa su privanza, como cosa sin fundamento de sangre y dignos servicios de paz y guerra; habiendo sabido que en las Indias había tantos alborotos, y conociendo

que á Diana, que siempre se llamó Celio, comenzaba á emprender la envidia, porque no viniese á caer por sus calumnias en su desgracia, le nombró por gobernador y capitán general de todo lo nuevamente conquistado, y para castigar los culpados en la muerte del que lo había sido, de que cada día venían á España quejas y procesos. No pndo Diana dejar de aceptar el cargo, y besando la mano al Rey, con sus despachos y la gente necesaria, partió de Valladolid á Sevilla, donde estaba la armada y se hacia la gente que había de pasar con ella, que á la fama de la inmensa riqueza que aquella tierra producía, era infinita. Pasó por Toledo, su patria; y como allí la novedad moviese las damas y caballeros, salieron todos á ver el nuevo Virey, cuyo talle y entendimiento en todas las ciudades de Castilla tenía fama. Salió su hermano Octavio, y como ella le viese entre los otros, cubriéndosele el rostro de lágrimas, cerró las cortinas del coche, y ochándose en las almohadas, pensó rendir el alma. No quiso parar en Toledo, y cuando estaba léjos de ser vista, haciendo descubrir el coche, miraba la ciudad con entrañables suspiros. Desde Sevilla comenzó la fortuna de Diana á mejorar de intento, y la del mar le puso con tiempo próspero en la tierra deseada, con grande aplauso de los españoles é indios, que viendo de la suerte que se hacia respetar y temer, lo que castigaba y premiaba, la limpieza



de sus manos y la entereza de su justicia, así por esto, como porque le imaginaban tan mozo y tan casto, le llamaban el sol de España. A muchos enviaba á ella con los procesos y averiguaciones, á muchos hacia dar garrote en secreto y sepultara en el maa, si allí le habia. Llegó últimamente á Cartagena, y visitando los presos, vió á Celio, que aunque estaba flaco y descolorido, le conoció luego; que, como amor esta en la sangre, váse presto al corazon y da aviso al alma. La alegría de Diana compitió con la disimulacion, y estuvo cerca de vencerla. Informóse de la causa, y quisiera librarle; pero dos hermanos del muerto, el uno mercader rico y el otro capitán belicoso, y que hasta entónces le habian guardado en la cárcel y perseguido, daban voces y pedian justicia, de suerte que no le fué posible á Diana ponerle en libertad. Hizo salir de la sala á todos, y quiso sader de su boca todo el suceso, dándole palabra de caballero, si le decia la verdad, de ayudarle quanto le fuese posible. Creyendo Celio que el virey se le habia aficionado, y creyendo la verdad, aunque no la entendia, contóle por extenso toda su historia, desde los amores de Toledo, la ausencia de Diana, lo que habia padecido por buscarla, y cómo el hombre que habia muerto era el que le habia hurtado sus joyas. que por no le querer restituir el diamante y ser la primera prenda de su amor, vino en tanta desesperacion y renova-

do sus desdichas. Diana miraba á Celio y volvía las lágrimas desde los ojos al corazon, llorando sobre él lo que fuera en el rostro á estar más sola. Hizo retirar á Celio y de secreto á su mayordomó que con notable cuidado le regalase; y le hablaba todos los dias, haciéndole siempre referir su historia, de que Celio se admiraba, viendo que no querió que le tratase de otra cosa. Acabadas todas las que tenia que hacer en aquella tierra, hechos los castigos y dado á los leales los merecidos premios, como el Rey le mandaba por sus provisiones y despachos; viendo que no habia sido posible aplacar con ruegos ni dineros la rigurosa parte del piloto difunto, lo embarcó en su capitana, y á título de preso llevó consigo comiendo y jugando con él todo el viaje. Hallo Diana al rey Católico en Sevilla; fué á besarle la mano con grande acompañamiento, y no sin Celio, que allá le llevó tambien con la disculpa de algunas guardas. Pienso, y no debo de engañarme, que vuestra merced me tendrá por desalentado escritor de nóvelas, viendo que tanto tiempo he pintado á Diana sin descubrirse á Celio despues de tantos trabajos y desdichas; pero suplico á vuestra merced me diga, si Diane se declarara, y amor ciego se atreviera á los brazos, ¿cómo llegará este gobernador á Sevilla? Pues no ha faltado tambien quien me ha dicho que hablándose los dos, á solas, los murmuraron, y dieron cuenta al Rey donde

le fué forzoso á Diana declararse, y ellos quedaron corridos. Lo cierto es que entre las mercedes que pidió á su majestad por los servicios de la India y su pacificación, fué el perdon de Celio, y luego que le hiciese cumplir la palabra que le habia dado de casarse con ella, de que el Rey y todos sus caballeros quedaron admirados, y Celio, conociendo que el gobernador era su hermosa mujer, que tantas lágrimas y desventuras le habia costado. Grandes fueron las mercedes que el Rey les hizo, y grandes las fiestas que se hicieron á sus casamientos, y no menor el contento de ver su hijo, por quien enviaron luego personas de confianza. Trajole la pastora en hábito de grosero zagal, pero con linda cara y melena hasta los hombros. El contento destes amantes, cuando descansaron en los brazos de tantas fortunas, vuestra merced, con su grande entendimiento, lo figure, pues ya su imaginacion se habrá adelantado á exagerársele; y que yo me parto á Toledo á pedir albricias á Lisena y Octavio de que ya hicieron fin las fortunas de la hermosa Diana y el firme Celio.

## EL DESDICHADO POR LA HONRA

Pienso que me ha de suceder con vuestra merced lo que suele á los que prestan, que pidiendo poco y volviendo luégo, piden mayor cantidad para no pagarlo. Mandóme vuestra merced escribir una novela: enviéle *Las fortunas de Diana*; volviómé tales agradecimientos, que luégo presumí que queria engañarme en mayor cantidad, y háme salido tan cierto el pensamiento, que me manda escribir un libro dellas, como si yo pudiese medir mis ocupaciones con su obediencia. Pero, ya que lo intento, si no en todo, en alguna parte, voy con miedo de que vuestra merced no ha de pagarme, y en esta desconfianza y fuerza que hago á mi inclinación, que halla mayor deleite en mayores estudios, aparece como la luz que guiaba á Leandro la llama resplandeciente de mi sacrificio, así opuesta al imposible como á las objeciones de tantos, á que está respondido con que es muy propio á los mayores años referir ejemplos, y de las cosas que han visto contar algunas; verdad que se hallará en *Homero*, griego, y en